

Miradas talmúdicas a las preguntas en la Pascua judía o de la violencia del (no) preguntar

Talmudic Views to Jewish Passover Questions or about the Violence of (Not) Asking

Dr. Renato Huarte Cuéllar
renatohuarte@yahoo.com
Universidad Nacional Autónoma de México
México

Resumen

En este trabajo se vincula la idea de preguntar con la de la violencia. A partir de las cuatro preguntas (¿“Ma Nishtaná?”) que habitualmente se realizan para abrir el *seder* de Pésaj o Pascua judía se hará un breve recorrido por la interpretación que se hace en el Talmud de estas preguntas y su intención primaria.

De esta manera, se retoma el breve pasaje talmúdico de Rabi Yanai y la pregunta que le hace su hijo la víspera de Pésaj para ejemplificar lo que las preguntas pueden hacer en este contexto y en otros. La violencia de la pregunta sincera que desestructura se opone, entonces, a la pregunta prefabricada que suelen memorizar los niños para el inicio de esta fiesta. Concluye el texto con una reflexión levinasiana en torno a la libertad de la humanidad y esta fiesta.

Palabras clave: Preguntas – Pascua judía – Violencia – *Ma Nishtaná* – Talmud.

Abstract

This paper tries to bind the act of asking with violence. The four questions of Pessah or Passover («*Mah Nishtanah?*») that have become traditional are a basis for understanding a Talmudic interpretation of these questions and its primary intention.

In this way, the Talmudic passage of Rabbi Yanai and the question asked by his son on Passover eve, serves to exemplify what can be made with questions in this specific context, but also in others. The violence of a sincere question that deconstructs will be opposed to the lame pre-made questions that children have to memorize for the beginning of the holy day. The text ends up with a reflection upon freedom and Passover inspired by E. Lévinas.

Keywords: Questions – Jewish Passover – Violence – *Mah Nishtanah* – Talmud.

Introducción

¿Qué distingue esta noche de las demás? Si todas las noches comemos pan con y sin levadura, esta noche sólo sin levadura. Si todas las noches comemos todas las verduras, esta noche sólo verduras amargas. Si todas las noches sumergimos las hierbas una vez (en agua con sal), esta noche dos veces. Si todas las noches comemos entre sentados y reclinados, esta noche sólo reclinados.

Ésta es la traducción de lo que los niños habitualmente cantan las noches en las que, según la tradición judía, se festeja con una cena-ceremonia (*seder*) la salida de los hebreos de la esclavitud en Egipto. La fiesta, al procurar recordar que “esclavos fuimos del faraón en Egipto” es en realidad la respuesta a una serie de preguntas que suelen hacer los niños. En torno a estas preguntas y las implicaciones en torno a ellas girará este trabajo.

Las 4 preguntas

Todo parece haber comenzado ya desde el relato bíblico. El mandato es claro: “Y será que, cuando te preguntare tu hijo el día de mañana diciendo ‘¿Qué es esto?’, le dirás: ‘Con mano fuerte nos sacó Dios de Egipto de la casa de la esclavitud’ (Éxodo, XIII, 14). Este versículo se complementa con otro: “Y le contarás a tu hijo ese día, diciendo: fue por ello que Dios hizo eso por mí a la salida de Egipto” (Éxodo, XIII, 8). He ahí la necesidad de preguntar. El hijo tiene que preguntar para cumplir el mandato bíblico. ¿Y si no pregunta? En ese caso, ¿se estaría de igual manera cumpliendo el precepto?

Al parecer esta pregunta no es nueva. Ya existe una interpretación, un *Midrash*, que aborda esta cuestión. Tomando el versículo 8, podría interpretarse [de esta orden] que *sólo* ‘cuando te preguntare’ [tu hijo] entonces ‘le dirás’ [la historia de la salida de Egipto]; pero si no te pregunta... ¿No le habrás de decir? Es por ello que nos enuncia otro versículo [previo a esta orden]: ‘Y le contarás a tu hijo’: **[le contarás] aunque él no te lo pregunte**“. (Mejilta Shemot 13-3.)

La respuesta a estas cuatro preguntas es la narración de una condición de esclavitud que se está dejando atrás para convertirse en un pueblo y en un individuo libre. *Pésaj*, o la Pascua judía, implica un relato de transición individual y colectiva de dejar la esclavitud, para recibir la ley, todos en conjunto ante el Monte Sinaí. Y tal vez por eso fueran necesarios los cuarenta años en el desierto, para dejar atrás una forma de pensar. Una experiencia amarga como las hierbas porque sólo de esta manera se puede entender la libertad. Se come pan ázimo para recordar los cuarenta años en los que no se contaba con levadura, pero tal vez también para aprender a no ser “inflados” como el pan sino sencillos como la *matzá* o pan sin levadura. Se comen hierbas amargas para recordar desde lo no cotidiano lo difícil de un proceso de emancipación. Se come reclinado para recordar que el día de hoy es diferente porque, así como los ricos de esta época comían en el *triclinium* y no como los esclavos que comían sentados, el día de hoy, todos seremos ricos y libres y reclinados comeremos aunque sea por una noche. Esto, es sólo una posible interpretación de esta festividad.

Lo que nos ocupa aquí es algo diferente. Estas cuatro preguntas, tal como lo hemos podido ver y según se tiene noticia en las *Agadot* de por lo menos el siglo XII ya tienen instituidas estas cuatro preguntas como un orden establecido en donde se espera sean leídas al principio de la festividad para poder así cumplir con el mandato bíblico. (Steiner, 2008)

Sobre las 3 preguntas o la exención del preguntar

Si nos remontamos a textos anteriores a estas *Agadot* o manuales para conducir esta festividad, encontraremos que no siempre estas preguntas fueron cuatro sino tres. Tal es el caso del manuscrito 138 encontrado de la *Mishná* en la Biblioteca Palatinense en Parma, Italia. Ahí claramente están sólo tres preguntas, además de que no están con la misma sintaxis. Sin lugar a dudas, la preocupación es por cumplir con el mandato bíblico aunque no sea a partir de preguntas institucionalizadas.

En ese sentido tal vez resulte más interesante lo que encontramos en la propia *Mishná* en la versión del Talmud babilónico (*Arvei Pesajim*, *Asirei Pesajim*: 115). Como es habitual encontrar en los escritos talmúdicos, breves pasajes o historias ayudan no sólo a dar una comprensión de los relatos bíblicos, sino que, además, tienen un tono propio y develan una posibilidad de repensar lo estudiado.

Ahí se cuenta la historia de Rabi Yanai que, preparándose la familia para la celebración de *Pésaj*, decidió mover una mesa que se encontraba en la habitación. En ese momento su hijo hizo la pregunta: “¿Por qué mueven esta mesa?” Ante la espontaneidad de la pregunta, Rabi Yanai le contestó: “Ahora te responderé, pero has quedado exento de hacer las preguntas del ‘Ma nishtaná’” (*Arvei Pesajim*, *Asirei Pesajim*: 115).

Sin duda alguna, y en consonancia con el Talmud babilónico, en ese momento y de manera espontánea, su hijo había hecho una pregunta por algún rasgo específico de algo que distinguía ese día del resto de los demás. Tal vez no hiciera falta ya repetir una serie de preguntas prefabricadas. El darse cuenta de que la mesa se había movido de lugar y que

algo sucedía en el hogar distinto a las otras noches, el padre fue tan sabio como para equiparar esta pregunta espontánea con las que supuestamente está obligado un hijo a hacer para poder cumplir con el mandato bíblico de contar lo ocurrido “cuando esclavos éramos del faraón en Egipto y ahora hombres libres somos”.

Sobre la pregunta y la violencia

Este relato en el marco de su contexto actual e histórico pone de relieve el papel de la pregunta dentro de la propia tradición judía, pero también puede aportar algunos elementos en distintos sentidos sobre lo que implica preguntar en otros contextos y en otros marcos culturales.

Si Rabi Yanai y su hijo es una historia incluida ya en la Mishná, nos da a pensar el carácter de la pregunta para esta tradición ya que tal vez la pregunta sea lo que posibilita salir de la cotidianidad. En este sentido rescato la historia talmúdica como fuente de inspiración para entender la pregunta, de una forma distinta de cómo se entiende cuando el mandato bíblico del relato se vuelve un imperativo y se asienta y homologa de tal manera que se estandariza de tal manera que la pregunta pierde fuerza y se vuelve un acto mecánico. Procuraré mostrar si algo puede ser retomado a partir de esta dicotomía.

Si la preocupación en torno al cuestionamiento “¿Qué pasaría si el hijo decide no preguntar?” está vigente, entonces al parecer algunos optaron por garantizar que de alguna manera se diera secuencia al mandato bíblico al establecer una serie de preguntas como las obligadas para poder comenzar con la festividad. Habría una especie de constreñimiento de parte de quienes decidieron estandarizar la festividad para garantizar que por lo menos se tuviera la pregunta como punto de arranque y así poder dar respuesta con una narrativa que en el fondo es esencial ya que trata el elemento de la libertad, como se ha mencionado con anterioridad. Parecerían sostener la siguiente frase: “Más vale que todos sepan que hay unas preguntas que hacer, tal vez las mismas, a quedarse sin preguntas del todo.” Ésta sería una aproximación más bien “segura” en torno a las preguntas.

En contraposición, el cuento talmúdico de Rabi Yanai pone de manifiesto que lo que en realidad posibilita la pregunta es su sinceridad. Si esa es una característica de los niños y por eso se les encomienda la “ardua” labor de preguntar. Es probable que en esto se base la tradición misma, la transmisión no como un legado acabado y terminado, sino como una narración que busca dar respuesta a una pregunta que ha sido elaborada sinceramente.

Sobre esa base es que la pregunta adquiere su más violenta forma. En ese sentido, entenderé violencia en el siguiente sentido, retomando nuestro ejemplo del preguntar en la Pascua judía.

Una pregunta que un niño puede hacer y que, en el mejor de los casos, se aprende de memoria se encuentra ante una especie de examen frente a los adultos. El niño, generalmente el más pequeño de la familia, tiene que mostrar este ejemplo de “aprendizaje” de algo que no sorprenderá en ningún caso a los escuchas. Ningún adulto se sorprendería de las preguntas. Las preguntas no son un reto ni un desafío para quien tiene que contestarlas. Los adultos hasta intentarán ayudar al niño a que recuerde una de las preguntas que ha olvidado o a sortear un bache en la melodía también estandarizada. Tal vez esto sea lo más artificial para un niño que está acostumbrado a preguntar naturalmente.

En el caso contrario, ante una pregunta sincera o verdadera, el adulto o el que está en el papel del que tiene que dar una respuesta, se encuentra en el difícil papel de tener que dar una respuesta coherente o por lo menos sensata. Esas preguntas de niño son las que nos ponen nervioso, incomodan y hasta pueden llegar a hacer sudar. El examen no está en el niño que pregunta o del estudiante con una pregunta sincera, sino en quien tiene que responder. El examinado es quien da respuesta al asunto en cuestión. Así, Rabi Yanai se encontraba en un aprieto, que logró girar sabiamente al exentar al hijo de hacer las preguntas estandarizadas.

Aquí puedo apreciar dos tipos de violencia. En el caso de las preguntas establecidas *a priori*, se ejerce una violencia ante el niño que tiene que presentarse ante los ojos adultos,

de una sociedad que ya sabe las respuestas. La pregunta, en ese caso, sería simplemente un trámite. En los exámenes profesionales, las preguntas que carecen de sinceridad, sólo buscan ser un mero trámite para obtener un título o grado. La respuesta es lo que menos importa porque ya se conoce o simplemente no importa porque el énfasis está en el ritual “iniciático” que se está llevando a cabo. Hay ahí una violencia en el no-preguntar. La pregunta en realidad sobra. No se está preguntando.

Desde mi perspectiva, la pregunta en el otro sentido también es un acto de violencia, entendida como un acto irruptor del orden, de lo que se cree, de lo que se ha establecido porque revela, como pregunta un cruce de caminos en donde lo que se tenía por supuesto puede cobrar distintos caminos. Una pregunta sincera mueve y desordena. Obliga al interrogado a replantear aquello por lo que ha sido preguntado. Esta violencia moviliza, desarticula y recompone, si se toma seriamente. Ésta es una pregunta violenta que altera la forma en que entendemos no sólo la festividad judía sino nuestro quehacer cotidiano.

Ambas violencias, a pesar de poder ser nombradas con la misma palabra, son opuestas. Por un lado está la violencia de lo establecido sobre el preguntar, que tal vez por seguir una pauta “segura” se instituye. En ese caso la pregunta se desvanece y se vuelve inocua. Por otro lado está la violencia de la pregunta sincera que, con todo su potencial interrogador irrumpe en lo cotidiano pero de lo establecido. Desde ahí la violencia del preguntar sincero utiliza todo su potencial y cobra un nuevo sentido. Esa es la pregunta que nos gusta llamar filosófica.

A modo de conclusión, Levinas y la condición de esclavitud

Retornemos al punto de origen y las preguntas en la tradición judía, entre manuales o formulaciones preestablecidas y una mirada talmúdica. Convendría a lo mejor no olvidar que es justamente la fiesta de la libertad en la que es mandato comenzar por preguntar. Pero, ¿qué tipo de preguntas? No considero que la pregunta y el acto de preguntar estén disociados del gran tema de la fiesta de Pésaj.

En ese sentido, tal vez uno de los más grandes lectores de la obra talmúdica en Occidente sea Emmanuel Levinas. De él, sólo una idea:

Israel va a salir de la casa de la esclavitud. El pueblo esclavo que servía a los esclavos del Estado, seguirá de ahora en más a la Voz más alta, la más libre de las vías. ¡Figura de la humanidad! / La libertad del hombre es la de un esclavo liberto que recuerda su servidumbre y se sigue siendo solidario con los sometidos. (Levinas, 2007, p. 183).

Preguntar en torno a la libertad sólo puede hacerse desde el recordatorio perenne de que alguna vez esclavos fuimos, en este caso del faraón de Egipto, pero también de nuestros propios miedos, incapacidades e ideas sedimentadas. La pregunta es liberadora. Más allá del lugar común, sólo la pregunta sincera podría vincularnos con la libertad. El comienzo de la Pascua judía debe ser con una pregunta sincera para abrir las posibilidades de un relato que, si es sincero, puede trastocar la esclavitud de las costumbres. Sólo eso apuntaría a una historia de libertad, la del esclavo liberto de Levinas que sigue siendo solidario con los que continúan estando sometidos.

Ahí se encuentra la posibilidad de preguntar no sólo como un acto inocente sino sobre todo sincero. Parafraseando a Pablo Picasso, tal vez tendríamos que aprender toda nuestra vida a volver a preguntar como niño.

Bibliografía

Adler, M. (1964). *El mundo del Talmud*. Trad. de E. Lublin. Buenos Aires: Paidós.

Goldberg, A. M. (1987). The Babylonian Talmud. En Sh. Safrai *et al.* (Eds.) *The Literature of the Sages*, vol. 1. Assen (pp. 323-354). Van Gorcum.

Goldberg, Arnold M. (1994). The Palestinian Talmud. En Michael Chernick (Ed.) *Essential Papers on the Talmud* (pp. 226-249). Nueva York: New York University Press.

Guinzburg, I. (1983). *El Talmud*. Trad. de S. Resnik. México: Ber-san.

Hansel, G. (1998). *Exploraciones talmúdicas: principios básicos y su inspiración*. Madrid: Biblioteca Nueva.

Steiner, R. C. (2008). On the Original Structure and Meaning of *Mah Nishtannah* and the History of Its Reinterpretation. En *Jewish Studies, an Internet Journal* Vol. 7. p. 163-204. Bar Ilan University. Disponible en el URL: <http://www.biu.ac.il/JS/JSIJ/7-2008/Steiner.pdf>

Lévinas, E. (1997). *Cuatro lecturas talmúdicas*. Barcelona: Riopiedras.

Lévinas, E. (2007). *Difícil libertad*. Buenos Aires: Lilmod.

Ouaknin, M.A. (1999). *El libro quemado. Filosofía del Talmud*. Barcelona: Riopiedras.